

Se interpretan «las armonías de la naturaleza» como delicadas atenciones de la Providencia. Al instituir el amor filial, como dice Florian en su *Ruth*, el Criador se «ha dignado concedernos como primera virtud nuestro más dulce placer.» A ese idilio que se imagina uno en el cielo, corresponde el idilio que se practica en la tierra. Del pueblo á los príncipes y de los príncipes al pueblo, lo mismo en verso que en prosa, tanto en los cumplimientos de gala como en las respuestas oficiales y desde el estilo de los edictos reales hasta las canciones de las mujeres de plaza, hay un cambio continuo de atenciones y ternezas. Estallan en el teatro los aplausos cuando algún verso alude á la virtud de los príncipes, y un instante después cuando una larga relación ensalza los méritos del pueblo, los príncipes toman el desquite de aquella atención aplaudiendo á su vez. Y en tanto es así, que en la descripción que Hippeau IV, 86, hace de la ejecución del *Sitio de Calais* en la comedia francesa, puede leerse lo siguiente: «En el instante en que la señorita Vertris pronunció estos versos:

«El francés, en su príncipe, desea hallar un hermano
que, nacido del Estado, se convierte en su padre.»

Prolongados y unánimes aplausos acogieron á la actriz que estaba vuelta de cara al Delfín. En otra escena se hallaban estos versos:

«¡Qué lección para nosotros potentados soberbios!
Velad por vuestros más humildes siervos
alguno hay que lejos de nuestra vista en la miseria espira,
que algún día tal vez hubiere salvado nuestro imperio.»

El señor Delfín y la señora Delfina tomaron su desquite aplaudiendo vivamente esta relación. Esta muestra de su sensibilidad fué acogida con nuevos trasportes de ternura y reconocimiento.»

De todas partes, en los momentos en que acaba ese mundo una complacencia mutua y una afectuosa dulzura, va á fundir como un soplo tibio y semi-otofial, la poca dureza que aún había en su aridez y á rodear con un perfume de mustias rosas la elegancia de estos últimos momentos. Entonces se encuentran acciones y palabras de una gracia suprema, únicas en su clase, como una diminuta y adorable figurita de Sevres. Un día en que la condesa Amelia de Boufflers hablaba de su marido con alguna ligereza, díjole su suegra: «Olvidáis que estáis hablando de mi hijo.» «Verdad es, mamá, creía estar hablando de vuestro yerno.» Ella fué también la que jugando al *jeu de bateau* y viéndose precisada á escoger entre esta estimada suegra y su madre á quien ape-

nas conocía, exclamó:—«Yo salvaré á mi madre y me pelearé con mi suegra.» La duquesa de Choiseul y otras son igualmente exquisitas miniaturas. Cuando el corazón y el espíritu reunen sus delicadezas forman obras maestras, y éstas, lo mismo que el arte, que la política y que la sociedad que las rodea, tienen un encanto que nada sobrepuja como no sea su fragilidad.

III

Y es que cuanto más se han amoldado los hombres á una situación, menos dispuestos se hallan para otra contraria. Los hábitos y facultades que les servían en su antiguo estado, ponen obstáculos al estado nuevo. Al adquirir el talento que conviene á los tiempos de calma, perdieron los que son convenientes en épocas turbulentas, y adquieren el último grado de la debilidad al mismo tiempo que una urbanidad extremada. Cuando más se pulimenta una aristocracia, más se desarma, y cuando para agradar no le falta ya ningún atractivo, tampoco le queda ya ninguna fuerza para luchar. Y sin embargo, en ese mundo la lucha es necesaria si se quiere vivir. El imperio es forzoso lo mismo en la humanidad que en la naturaleza. Toda criatura que pierde el arte y la energía de la defensa, se convierte en una presa tanto más segura, cuanto que su brillo, su imprudencia y hasta su gentileza le entregan anticipadamente á los bruscos apetitos que la rodean. ¿Dónde hallar la resistencia en un carácter formado por las costumbres que acabamos de describir? Para defenderse, es necesario ante todo mirar en torno de sí, ver y preveer, armarse contra el peligro. ¿Y cómo podrían hacerlo viviendo como ellos viven? Su círculo es sobrado estrecho y harto cuidadosamente cerrado. Encerrados en sus castillos y palacios, en ellos no ven más que á la gente de su clase, no oyen sino el eco de sus propias ideas, no imaginan nada más allá de este círculo; doscientas personas, les parece que forman el público. Por otra parte, las verdades desagradables no se admiten en un salón, sobre todo si son personales, y una quimera se convierte allí en un dogma, puesto que se hace convencional.

Y hélos ahí, que embaucados ya por la estrechez de su horizonte ordinario, robustecen todavía su ilusión con la ilusión de sus iguales. Nada comprenden del vasto mundo que rodea su pequeña sociedad; son incapaces de penetrar los sentimientos de un burgués ó de un villano; se imaginan al labriego no como es, sino como quisieran que fuese. Siendo

de moda el idilio, nadie osa contrariarlo; cualquiera otra suposición es falsa porque sería penosa, y como los salones decidieron que todo iría bien; todo irá bien. Jamás hubo ceguera tan completa ni tan voluntaria. El duque de Orleans apuesta cien luises á que los Estados generales se irán sin haber hecho nada y sin haber siquiera abolido las *cartas reales*: (órdenes reales para arrestar ó encarcelar una persona sin formación de causa). Cuando la demolición haya empezado, mejor aún, después de terminada no por ello juzgarán más exactamente. No tienen ninguna noción de la arquitectura social; de ella no conocen ni los materiales, ni las proporciones, ni el equilibrio; jamás pusieron mano en ella, carecen de práctica. Ignoran la estructura de la antigua fábrica de que ocupan el primer peldaño, hasta el punto de que en la Asamblea constituyente, M. de Montlosier es casi el único que conoce el derecho feudal. No saben calcular ni su empuje, ni sus resistencias, y en tanto es así, que el duque de Lévis en sus *Recuerdos* 328, dice, que «el hombre instruido é imparcial que sometiera al cálculo las probalidades del éxito de la Revolución hallaría que contra ésta había más probabilidades que contra el quinto en la lotería; pero el quinto es posible y desgraciadamente esta vez ganó el premio.» Ellos acaban por pensar que lo mejor es dejar que acabe de verificarse el hundimiento, pues, el edificio se reconstruirá para ellos por sí mismo, que así volverán á entrar en su salón reedificándolo expreso y dorado de nuevo para volver á empezar en él la amable charla que un accidente ó un alboroto callejero acaban de interrumpir. Veáanse sino el carácter del conde de Erfeuil, en la *Corina* de Mme. Stael, y el memorable ejemplo de simpleza política que se encuentra en las *Memorias* de Malouet (II, 297). Tan perspicaces en sociedad, sus ojos son obtusos en política. Todo lo distinguen á la luz artificial de las bujías, se turban y quedan deslumbrados á la luz natural del sol. Y es que el hábito es sobrado fuerte y antiguo. El órgano tan largo tiempo aplicado á los menores detalles de la vida elegante no comprende ya á las masas de la vida popular y en el nuevo medio en que repentinamente se le sumerge, su misma finura produce su ceguera.

Necesario es obrar, sin embargo, porque el peligro está ahí y los aprieta la garganta. Pero es un peligro de una especie innoble y contra sus ataques su educación no tiene armas á propósito que proporcionarles. Aprendieron á esgrimir la espada y no el chanclo. Continúan siendo los hijos de aquellos que en Fontenoy en vez de tirar los primeros,

echan mano al sombrero y dicen cortesmente á los ingleses: «No, señores, tirad vosotros.» Sujetos al decoro, están embarazados en sus movimientos. Muchos actos de los más necesarios, los que son bruscos, fuertes y descarnados, son contrarios al respeto que un hombre bien educado debe á los demás, ó por lo menos al que se debe á sí mismo. No se permiten ejecutarlos, ni sueñan en permitírselo, y cuanto más elevada es su clase, más enfrenados están por su categoría. Cuando la familia real parte para Varennes, el cúmulo de retardos que la pierde es efecto de la etiqueta. La señora de Tourzel, reclamó su sitio en el carruaje, y tenía derecho á él, como aya de los infantes de Francia. El rey quería al llegar, dar á M. de Bouillé el bastón de mariscal, y para tenerlo, tras muchas idas y venidas hubo de pedirlo prestado á M. Choiseul. La reina no podía prescindir de un neceser de viaje, y necesario era construir uno enorme que contuviera todos los objetos imaginables, desde el gran reloj de bolsillo hasta la taza de plata; además de eso, otras cajas, y como si en Bruselas no hubiera camisas, un ajuar completo para ella y sus hijos, como lo atestiguan la señora de Campan II, 140, 313, y el duque de Choiseul en sus *Memorias*. La estrecha devoción, la misma humanidad, la frivolidad del pequeño espíritu literario, la urbanidad graciosa, la ignorancia rentística, la nulidad ó la rigidez de la inteligencia y de la voluntad, son todavía mayores entre los príncipes que entre los nobles. Contra el motín salvaje y rugiente son todos impotentes. No tienen el ascendiente físico que lo domina, el grosero charlatanismo que lo enamora, las ocurrencias de Scapin que lo distrae, la frente de toro, los rudos movimientos del barquero, el tono estentóreo, en una palabra; los recursos del temperamento enérgico y de la astucia animal, únicos capaces de contener el furor de la desencadenada fiera. Para encontrar esta clase de luchadores, hacen buscar tres ó cuatro hombres de raza ó educación diferentes que han vagado y padecido, un plebeyo brutal como el abate Maury, un sátiro colosal y lleno de lodo como Mirabeau, un aventurero audaz y decidido como aquel Dumouriez que en Cherbourg, según cuentan sus *Memorias* III, c. III, cuando la debilidad del duque de Beuvron entregó los trigos y dió rienda suelta al motín, acosado él mismo y á trueque de ser despedazado, percibe de pronto las llaves del almacén, en manos de un marinero holandés, grita al pueblo que se le hace traición y que un extranjero le ha robado las llaves, salta de la escalinata, coge por el cuello al marinero, arráncale las llaves y las entrega al oficial de